

SIEGFRIED LENZ

EL TEATRO
DE LA VIDA
(Teatro regional)

Traducción:

ROSA PILAR BLANCO



MAEVA

Una visita de postín

—Mira esto, profesor —indicó mi compañero de celda—, ven y mira esto.

El hombre calvo con pendientes, situado junto a la ventana enrejada, señalaba hacia el patio de la cárcel, cuya puerta se abrió dando paso a un autobús azul. A lo largo del autobús estaba escrito con letras de imprenta TEATRO REGIONAL; dos estilizadas máscaras prometían una representación misteriosa y, en cualquier caso, amena.

—Lo sabía —dijo mi compañero de celda—, sabía que el Teatro Regional vendría de verdad.

El hombre al que habían asignado la segunda cama de mi celda y que había entrado diciendo: «Soy Hannes», parecía un sabelotodo. Cuando el autobús se detuvo y el primero en apearse fue un hombre vestido de escocés, informó:

—El director del Teatro Regional, se llama Prugel.

El director, con paso casi ingrávido, se dirigió hacia la figura enjuta que esperaba al autobús y abrió los brazos en un significativo ademán, pero

el saludo se limitó a un apretón de manos que duró más tiempo de lo habitual. Karl Tauber, nuestro administrador, como siempre de traje oscuro, no pareció sorprenderse de que su invitado se limitase en un principio a quedarse parado acechando a su alrededor, examinando, pensativo, los cuatro edificios desiguales que componían la prisión de Isenbüttel. Resultaba obvio que con esos gestos sobrios explicaba la finalidad y características de los edificios, mientras el director asentía reiteradamente, pues quizá no le quedarán preguntas por hacer. En una ocasión encontraron razones para soltar unas breves risas.

—Seguro que esos vejestorios se conocen —opinó Hannes.

Su rostro expresaba una taimada diversión; imitó la forma de hablar del administrador, con esa «r» sonora que había llamado su atención en algunas entrevistas.

A una señal del director, bajaron del autobús los actores, entre los cuales también figuraban mujeres; la mayoría se quedaron parados como si estuvieran pegados con cola, como si acabaran de insuflarles una nueva vida. Al igual que el director, también ellos se limitaron primero a mirar, algunos se daban codazos, sonreían sibilinamente, se llamaban la atención con los ojos sobre lo que veían. Uno de los actores se agachó, recogió un guijarro, lo frotó entre los dedos y se lo guardó en el bolsillo,

seguramente como recuerdo. Un joven actor barbudo resumió el estado de ánimo general agarrando por la cintura a una colega de cierta edad y colocando en broma, delante de su cara, una mano con los dedos muy abiertos; después señaló hacia nuestra ventana y se creyó obligado a saludar.

—Fíjate en ese cretino, profesor —dijo Hannes.

El director de la compañía reunió a los actores y cedió la palabra al administrador del penal, que se limitó a un breve parlamento, al parecer para expresar un simple saludo de bienvenida; a continuación se volvió hacia un grupo de presos que regresaban de trabajar en el huerto de la cárcel. Algunos portaban herramientas, layas, rastrillos y también regaderas. No me engaño: al divisar a los actores, sus rasgos se iluminaron, se cruzaron saludos, unos saludos concisos, furtivos, ambiguos. Un gigante notoriamente alegre hizo como si acariciase su regadera con ambas manos.

—Ese es Mumpert —informó Hannes—, era árbitro, con demasiada frecuencia dejaba ganar a los que se mostraban más generosos con él.

Me llamó la atención un preso de buen aspecto que se parecía a Valentino, y que con gesto travieso ofreció su laya al administrador o insinuó que presentaba armas con ella.

—Bolzahn —comunicó Hannes—, mi amigo Bolzahn, que logró estar casado con varias mujeres a la vez.

Un pequeño furgón se detuvo ante el portón, solicitó entrada tocando la bocina, y después de abrirse la puerta rodó por el patio de la cárcel hasta detenerse junto al autobús, pero el administrador le hizo enseguida una seña para que continuara hacia el enorme edificio grisáceo en el que se ubicaba nuestro comedor. Se apearon dos hombres, ambos con mono, el administrador los saludó con un apretón de manos, los condujo al edificio y a su regreso invitó al director a seguirle.

—Será ahí dentro —informó Hannes—, en el comedor, ya están preparados bancos y sillas.

Para mi asombro, Hannes ignoraba la obra que se representaría y cuando los hombres con mono reaparecieron y comenzaron a bajar la carga apilada en el furgón, se encogió de hombros. Yo me preguntaba, extrañado, para qué servirían las cajas de cartón y los cajones y bastidores de madera que transportaban al edificio, por lo visto cajones vacíos, cajas vacías. Los hombres desempeñaban su trabajo con buen humor, simulaban agotamiento, se tambaleaban, fingían extenuación, sorprendentemente se arrojaban una caja de cartón y aparentaban andar a trompicones. Con las últimas piezas también los ayudaron algunos actores. Hablando consigo mismo, Hannes murmuró:

—Deprisa, deprisa, pronto ocurrirá algo.

Nos sentamos ante una mesa tosca, cubierta de incisiones y muescas. Hannes liaba cigarrillos de sus

provisiones secretas de tabaco; llevaba el delgado paquetito pegado a la espinilla, oprimido por un calcetín de color caqui. Cuánto tiempo, cuán mediatundo podía mirarme antes de hablar; de repente sacudía la cabeza, casi como si le costara creer lo que había averiguado de mí. A lo mejor reparaba en que su prolongada e inquisitiva mirada me desconcertaba; entonces decía súbitamente:

—La mitad, ahora ya llevas la mitad, profesor.

Yo lo confirmaba:

—Han pasado dos años.

—Son injustos —replicaba él—, la condena que os ha caído tanto a ti como a la mayoría de los de aquí es injusta. Créeme, un juez más comprensivo os habría absuelto a casi todos, os habría mandado a casa: inocentes. A ti también, profesor.

Como yo callaba, él me relataba mi historia, me recordaba el motivo de mi detención, muy bien informado, compasivo. Él sabía que yo había detentado un día una cátedra —aunque desconocía de qué materia—, y también se había enterado de que algunas de mis alumnas habían aprobado el examen final con la máxima calificación. Por desgracia, salió a la luz que esas destacadas alumnas habían pasado la noche conmigo; una compañera envidiosa lo hizo público. Para consolarme, Hannes adujo:

—Los envidiosos se castigan a sí mismos, créame, profesor.

Le propuse que me llamase Clemens, porque tuteándonos nos sentiríamos más cercanos y la cercanía ya venía dada por las circunstancias; él se limitó a mirarme con incredulidad y no quiso aceptar mi renuncia al título.

Hannes me cayó bien desde el principio, compartir la celda con él me parecía una suerte; de haber podido desear un compañero, habría sido alguien como él. No he conocido nunca a una persona aquejada de un cansancio tan invencible: Hannes necesitaba dormir a todas horas, se acostaba nada más desayunar, dormía antes y después de trabajar en el huerto, tras el paseo, mientras yo atendía mi diario; siempre escuchaba su respiración acompañada de suspiros. Me daba la impresión de que Hannes tenía que recuperar el sueño acumulado tras años de insomnio. A menudo contemplaba la cara del durmiente, un rostro cándido que sugería inocencia, pero mientras mi simpatía por él crecía, no podía evitar pensar que era un artista, un artista recaudando multas. Cuando llovía, se apostaba en las carreteras de salida de Hamburgo con una señal de «Alto, Policía» que se había agenciado y un anorak y ordenaba apartarse a un lado a los vehículos que, según su estimación, habían superado el límite de velocidad o, como él decía, habían infringido las leyes de tráfico. Hannes les permitía marchar con una multa que debían pagar en metálico, y no dejaba de asombrarse una

y otra vez de la rapidez con que nuestros automovilistas estaban dispuestos a pagar. Si se lo solicitaban, emitía recibos en las páginas en blanco de su libreta. Su fuente de ganancias se secó cuando hizo señas para que se detuviera, al borde de la carretera, a un coche camuflado de la Policía.

Cuanto más tiempo nos pasábamos sentados frente a frente ante la pequeña mesa, más parecía aumentar la inquietud de Hannes, pues de vez en cuando se levantaba de un salto y se aproximaba a la ventana, asentía o sacudía la cabeza, y después de haber tomado nuevamente asiento, pasaba el dedo por las cifras y letras grabadas en la mesa, como si las acariciase, y se quedaba pensando. En una ocasión colocó su mano sobre mi diario y preguntó:

—¿Estás escribiendo un libro, profesor?

—Es mi diario —respondí.

—Pero seguro que ya habrás escrito un libro, ¿verdad?

—Oh, sí, varios; el más importante se titula *Tempestad e ímpetu**.

Él repitió el título, sonrió y preguntó:

—Y ¿aparecían en él tus alumnas?

—Trata de escritores jóvenes e impacientes, de su intento de liberar a las personas.

* El personaje se refiere al *Sturm und Drang*, el movimiento literario alemán de la segunda mitad del siglo XVIII, que tomó su nombre de la pieza teatral homónima escrita por Friedrich Maximilian Klingler en 1776. (*N. de la T.*)

—¿Liberar?

—De la opresión y de la servidumbre, y de las convenciones.

—Suena bien. Y ¿qué es lo que propugnaban?

—Naturaleza. La Naturaleza era el lema de la época.

—O sea, ¿bosques y prados?

—No, no, ellos se referían al sentimiento y a la pasión, y también a la fantasía.

—Y ¿escribiste un libro sobre eso?

—Me costó años.

—Y ¿te ganabas el pan así?

—También daba clases, tres veces por semana.

—¿De la tempestad y el ímpetu?

—De eso también, sí.

—Me habría gustado escucharlas.

No se me pasó por alto que en una ocasión, cuando estaba junto a la ventana, levantó la mano y dirigió varias veces un saludo hacia abajo, hacia el patio, con los dedos corazón y anular estirados, pero no era un saludo accidental, como descubrí pronto, sino un aviso, una señal, que repitió varias veces y cuya confirmación esperó, y tras haberla recibido, supongo, se volvió hacia mí y dijo:

—La cosa marcha, profesor, la cosa marcha, pronto ocurrirá algo.

Se tumbó en su cama, cruzó los brazos debajo de la cabeza y clavó los ojos en el techo; parecía conforme con esa insinuación, así que no seguí

preguntando. También en esta ocasión consiguió dormirse.

Yo me senté ante mi diario, pasé las hojas hacia atrás y releí mi anotación sobre la brevísima conversación con el señor Tauber, nuestro administrador. Este, durante un encuentro tras pasear por el patio, me había preguntado de sopetón qué pensaba yo de *Effi Briest*.

—Un gran libro, un escritor excelente —le contesté.

Asintió complacido y entonces supe que el señor Tauber era un lector. Tras una mirada a mi compañero dormido, hice algunas anotaciones sobre él: yo lo llamaba N —esa simple letra me bastaba como clave—, mencioné su asombroso cansancio y su conocimiento sobre los demás y sobre lo que aquí sucedía, un conocimiento que a veces me inquietaba. Dedicué una página entera a una tarea pendiente: tomé conciencia entonces de que había descuidado documentar de qué habían vivido en su día los miembros de Tempestad e ímpetu, los Klinger y Hamann, Maler Müller y el pobre desgraciado de Lenz; decidí escribir un capítulo adicional para una nueva edición de mi libro, ya considerado una obra fundamental: *Cómo se ganaban el sustento*.

Al despertar, Hannes gruñó malhumorado, giró la cabeza a un lado y otro, estiró los brazos, hizo movimientos oscilatorios con el cuerpo y rodó fuera de la cama. Sin prestarme atención, escudriñaba

a su alrededor como si quisiera averiguar qué había que hacer primero.

Se aproximó al lavabo. Sobre el estante reposaban nuestros objetos personales, los utensilios para afeitarse, el cepillo de dientes, loción de afeitarse, dos jaboneras... Hannes había juzgado necesario dividir el limitado espacio para que no hubiera dudas: un lado para él y otro para mí. Acometió la división con aspereza, y tuve que aceptar que tratase mis cosas con desdén. Después de haber acomodado todo y haberlo colocado en el orden apetecido, comenzó con su entrenamiento, con sus ejercicios de gimnasia: flexiones de cintura, de rodillas, girar los brazos por las articulaciones del hombro y una especie de carrera sin moverse del sitio levantando las rodillas tan alto que le rozaban el pecho. Tras hacerme un guiño, dijo:

—Deberías imitarme, profesor, fortalece los miembros.

El laberinto

Nos sobresaltaron unos pitidos estridentes, martilleantes, apremiantes e imperiosos. Hannes interrumpió en el acto sus ejercicios y me arrastró hacia la puerta de la celda, que se abrió. Salimos a la plataforma de hierro que discurría afuera al mismo tiempo que los presos de las otras celdas, que saludaban inclinando la cabeza, cruzaban sonrisas y seguían las indicaciones de los guardias. Permanecíamos callados, no estaba permitido hablar. Percibí una expresión de expectación en algunos rostros, que se transformó cuando resonó la llamada de una campana lejana, procedente del patio de la cárcel, supuse; todos los que esperaban se movieron, trotando sosegadamente hacia la enorme escalera y bajaron al vestíbulo en dirección a la salida. Yo caminaba junto a Hannes. No me asombraba la frecuencia con que lo saludaban; muchos rostros exhibían una expresión de alegría anticipada. Cuando pasamos junto al autobús de la Compañía de Teatro Regional, mi compañero me llamó la atención sobre los carteles pegados en la parte

interior de las ventanas: informaban sobre la programación de la compañía impresa en letras grandes, y en letras más pequeñas se leían también los nombres de los actores.

—Mira eso, profesor, recorren el país con esas obras.

La Compañía de Teatro Regional hacía propaganda de *El cántaro roto*, *Un tranvía llamado deseo* y otra obra cuyo título nunca había oído: *El laberinto*.

—Seguramente veremos alguna de esas —opinó Hannes.

—Ojalá sea *Un tranvía llamado deseo*, es una obra maravillosa, americana —añadí.

En el comedor todo estaba listo: las largas mesas arrimadas a las paredes, los bancos, colocados en filas, orientados hacia el escenario, o más bien una especie de escenario auxiliar en el que se había convertido el frente elevado del comedor. Allí volví a ver las cajas de cartón y los cajones y bastidores fabricados con tablones de madera. Apilados con método, formaban paredes hasta la altura del pecho, figuraban un corto camino curvo; no se distinguía adónde conducía, pero en cualquier caso cabía suponer que alguien que recorriera ese trayecto volvería al punto de partida tras algunas vueltas.

Al contemplar ese extraño decorado, los presos no paraban de especular, regocijados, mientras se abrían paso entre las filas de bancos. Escuché

las palabras «ratonera», «corral» y «laberinto», la fantasía de los presos era muy ilustrativa. Hannes quiso que nos sentásemos juntos, no paraba de inventar nombres para el decorado o de imaginarse para qué podría servir, y a veces quería que yo confirmase sus conjeturas. Total, que todos habían encontrado asiento, ya solo había espectadores que cuchicheaban entre ellos y reían; vi a uno que hacía muecas, pero tampoco se me escapó que en ese ambiente de regocijo se hacían señas de un banco a otro, se exhortaban, se avisaban, pedían paciencia y buen ánimo. Parecía un acuerdo conspirativo lo que allí acontecía.

Cuando el administrador Tauber subió al escenario, las conversaciones enmudecieron. Uno se atrevió a aplaudir, pero nadie secundó su aplauso.

—Mumpert —susurró Hannes—, el que ha aplaudido es Mumpert, el antiguo árbitro.

El administrador mostró un punto de orgullo, sonrió satisfecho y enseñó sus portentosos dientes de rastrillo; también se adivinaba un asomo de vanidad. Su alocución fue muy meditada; no decía «queridos presos» sino «queridos residentes de Isenbüttel»; después hizo una breve reverencia ante el director teatral y le dio la bienvenida a él y a la Compañía de Teatro Regional. Juzgó necesario mencionar que sus superiores habían aprobado su plan de invitar a una compañía teatral a representar en la fortaleza de la cárcel una obra que proporcionase a

todos una idea de los problemas del exterior, del mundo, de las fatalidades, equivocaciones y conflictos que hay que superar. Después pronunció una frase que me resultó muy conocida: «Sobre el escenario también está en juego tu causa, que se explica y debate mediante la contemplación», dijo, lo que me obligó a pensar que esa frase la había escrito yo mismo, en mi obra fundamental sobre *Tempestad e ímpetu*. El señor Tauber me había citado, aunque había evitado mencionar la fuente.

He pensado a menudo qué habría sucedido si él hubiera mencionado al autor, si le hubiera saludado con la cabeza, si le hubiera dado las gracias, qué consideración me habría deparado entre mis compañeros de haber ocurrido tal cosa. ¿Se habrían levantado para aplaudirme o me habrían escudriñado con repentino recelo?

El señor Tauber hizo como si esa frase fuera de su propia cosecha, y aseguró al director de la compañía que los espectadores allí reunidos rebosaban gratitud. Los espectadores lo confirmaron en el acto con aplausos, silbidos y algunos pateos. La ruidosa aprobación finalizó cuando el administrador y el director intercambiaron un apretón de manos que equivalió a un juramento. Luego habló el director en una charla improvisada.

—Queridos espectadores...

Y subrayó la enorme alegría que suponía para él y su compañía actuar en un lugar en el que, por

motivos conocidos, reinaba la seriedad y la monotonía del día a día. Conocer otra vida y de una manera amena: a eso invitaba el teatro. Traía el mundo a casa; en cierto modo, también preparaba para el mundo. La pieza elegida para ese día se titulaba *El laberinto*.

—Concebida y escrita por el poeta hamburgués Henry Watermann, desaparecido desde su sexto viaje a Oriente.

El director de la compañía no añadió nada más, limitándose a desear unas horas amenas a todos los asistentes. Tras su salida se apagaron las luces del comedor, solo una luz tenue iluminaba la escena.